

COMIDA de NAVIDAD en BARCELONA

El pasado 18 de Diciembre, nos juntamos una veintena de Maranchoneros residentes en el entorno de Barcelona, en una comida de gozo y satisfacción, para compartir juntos la alegría de la Navidad.

Elegimos un céntrico restaurante barcelonés de comida argentina, El Foro, donde no faltaron buenas carnes, que presentaron un excelente maridaje con quesos y otras delicatessen, a destacar las matambres (de tan gran tradición en Maranchón), bien regadas y rematadas con turrón y cava.

Pasamos una tarde estupenda conversando unos con otros, compartiendo especialmente recuerdos de aquellas Navidades de nuestra niñez, tantas veces blancas, de fuertes escarchas y suelos helados, de gruesas y largas bufandas de doble faz, que permitían sacarles en momentos de apuro un gorro adicional en el extremo. De guantes de lana y gruesos calcetines bajo las botas, de peleas con nuestras madres para no cargar con el estorbo del abrigo...

Formando pequeños grupos, íbamos a pedir el aguinaldo a familiares y amigos, cantando villancicos al compás de zambombas, panderetas, botellas granuladas de anís, donde era esencial el canto de salutación original: "¿Quién es esa gran señora que está sentada en su losa... que tiene cara de rosa?", o era el señor, "...que parece un padre santo"; o la señorita, que podía acabar bien o mal "...tiene cara de morcilla". Y el de petición final: "Danos danos danos, si nos has de dar, un cacho turrón del de mazapán y si es de Jijona lo mismo nos da".

Por estas fechas, se hacía la matanza del cerdo en casi todas las casas del pueblo.

De ahí salía, entre otras muchas sabrosas cosas, algo que esperábamos los peques: la vejiga, que una vez limpia e hinchada como un globo y golpeada repetidamente contra alguna pared, se convertía en una piel apergaminada, que luego, colocada sobre la boca de un



bote o lata, bien tensada y atada con firmeza (siempre acababa por soltarse) y completando con un alfiler, colocado estratégicamente sobre la piel tensa, con cabeza y punta ocultas al interior, el alfiler puenteaba un arco sobre la piel, sujeto a ésta desde dentro. El puente permitía el paso de una pajita (que a ser posible debía ser de centeno y se guardaba desde las cosechas del verano para ello), que se adosaba a la piel y al bote y salía libre hacia arriba tras quedar doblada en el alfiler. Eran nuestras zambombas y a tocar, mojando ligeramente la mano...

Me pregunto si serán las Navidades de ahora para los niños en Maranchón algo parecido.

Y hablamos, recordamos y canturreamos juntos, entonando por lo bajini villancicos y canciones navideñas, que nos traían ecos de Maranchón, entre burbujas del cava, el aroma del café y el dulce turrón, hasta el bien entrado el atardecer, dejándonos mecer por el embrujo de la Navidad, que deseamos, llena de paz y felicidad para todos.

Alfredo Gilaberte